

Esta tierra es mía

Salvador Giraldo Vélez

Filólogo hispanico, profesor de literatura y editor, salvador.giraldo1482@gmail.com

¡Bum! Tres hombres de camuflaje y botas pantaneras llegaron, impertinentes, un siete de octubre a las cuatro horas, catorce minutos, trece segundos y veinticinco milésimas de segundos de la tarde a su finca. No los olvidaría nunca. Uno con una cicatriz en el rostro; otro con un ojo gris, tuerto; y el último, casi un niño, espantaron a los animales de su tierra con un atronador disparo que percutió en el aire más alto para anidar en la memoria de su mujer, ¡bum!

Había noches en que Micaela se despertaba asustada, el disparo le hacía eco en cada recuerdo pasado y futuro que atesoraba en la nostalgia. Estaba presente en el día de su matrimonio, ¡bum!, en el nacimiento de sus hijos, ¡bum!, en los miles de nietos que imaginó, ¡bum, ba ba ba! Gritaba antes de que la lucidez le esfumara el manto de los sueños, y nada más se calmaba cuando Josías le comprobaba, desde la mollera hasta la punta de los pies, que no tenía un hueco de disparo ni la chamusquina de la pólvora.

En otras ocasiones, no lo dejaba dormir. Le auscultaba todo el vientre, le contaba todos los lunares, y se asustaba cada vez que le pasaba el dedo por la hendidura del ombligo. Él la calmaba, “es la herida de la vida, ahí hubo un cordón umbilical antes de nacer”. Luego, ella dormía plácidamente mientras él rememoraba esa tarde inquieta. Esperaba los gritos de su mujer en otra pesadilla. Sin conocer la muerte, ella la había de presenciar constantemente en millares de duelos imaginarios, de los que en la vigilia solo quedaba una vela vespertina a modo de luto.

—Váyanse antes del miércoles, no queremos bandidos por aquí —le dijo el más joven, fingía la rudeza de un adulto fiero.

—Bueno —contestó Josías.

No era un bandido, jamás había tocado un fusil desde que prestó servicio militar, y la única acción cercana que tuvo a una batalla fue cuando casi se vuela la cabeza limpiando un revólver. No obstante, ¡bum!, tuvo la certidumbre inequívoca

de que era un forastero en el bosque que él mismo plantó. Los pájaros, los árboles y las piedras cambiaron su tonalidad colorida a un gris insensible que lo expulsaba de la tierra; era un tubérculo silvestre que se había enraizado, insensato, en el cultivo de un colono. Ni siquiera sus recuerdos de niño, que intentó evocar para reafirmar su existencia, le fueron propios. Se veía en tercera persona; su rostro, una extraña y confusa pelambre que le cubría ojos, nariz y boca. Buscó el recuerdo más primitivo de su memoria, la rica comida de su madre, pero “¿quién es usted?”, le preguntó ella. La escena ya no le pertenecía, se había falseado, hasta la sopa de papa que su progenitora le daba entre cucharaditas, “una por la mamá”, le decía, le supo a cartón mojado.

—Nos vamos —le dijo a Micaela. Tenía la convicción indiscutible de que la tierra que su padre había heredado de su padre y el padre de su padre de su padre, afectada por la intemporalidad del disparo, nunca había llegado a él.

—Es nuestro hogar —respondió ella.

—Ya no más —sentenció.

Tres días después se marcharon con su chinchamenta, ocho hijos; tres varones, cinco niñas, en un éxodo sin rumbo fijo durante quince o dieciocho años. Cuatro departamentos y seis ciudades lo harían áspero a la vida. Sobrevivía por pura inercia, lo contrataban por su fuerza sobrenatural de toro en celo y su laboriosidad que empezaba de mañana y terminaba de noche, cuando la oscuridad lo vencía. Pero ¡bum!, de repente sentía un frío insalvable que le penetraba los huesos. Huía de su lugar de trabajo a nuevos territorios, cada uno más cálido que el anterior.

De alguna manera había muerto esa tarde o, por descuido de la Parca, deambulaba entre la vida y la muerte. A veces, a escondidas de Micaela, se auscultaba la hendidura del vientre para corroborar que efectivamente era solo un ombligo. Perdió la noción del tiempo y de sí mismo. No notó el crecimiento de sus hijos, los cuernos de su mujer,

el florecimiento de sus hijas y el deplorable abandono en que los dejó, para sustraerse en el letargo de una muerte temprana. No lloraría ni la tarde en que el menor se despidió para siempre:

—Le voy a recuperar su tierrita, papaíto —le dijo.

—No más vuelve limpio —le contestó sin saber que se refería a su finca, esa tarde había botado sin querer un costal de tierra de capote para unas matas de Micaela.

Cuando ella le contó que lo habían encontrado muerto en una zanja, vestido con un camuflaje y dos botas izquierdas, dijo: “por intentar sacar a un cristiano de su tierra”. No fue irónico ni sarcástico, aquella finca le era lejana, olvidada en algún paraje remoto. De su boca caía únicamente una sinceridad torrencial, alimentada por cualquier tipo de desinterés ante los detalles de la vida.

—Nos vamos, viejo mezquino —le dijo ella.

Josías no se inmutó, en más de treinta años de matrimonio ella nunca lo había insultado, pero a él poco le importaban los halagos, los odios, los amores. ¡Bum! Micaela recogió sus pocos corotos, los hijos que le quedaban con una dignidad anormal en su pasiva actitud ante la vida. Siempre callada, mantuvo una espera que postergaba sus propios deseos de vivir. “En algún momento se desahogará y volverá a la normalidad”, se decía. No se inquietaba cuando lo veía deambular extraviado por la noche en cada casa nueva en que estuvieron, parecía que aún recorría la finca. “Él finge desinterés porque los hombres no lloran”, se decía. Lo veía auscultarse, con fingido sueño, el ombligo, mirar las mismas estrellas que siempre vio desde la finca, la osa mayor, incluso cuando la luz de la ciudad las ahogaba, y sentarse debajo de cada guayacán que veía. Su padre, el padre de su padre y el padre del padre de su padre habían pedido que los enterraran bajo tal árbol en la finca. “Estará recapacitando sus actos, ya ya ya volverá a ser el mismo”.

¡Bum! “Nos vamos, viejo mezquino” No cambió ni un poco, ni siquiera había de perturbarse cuando lo engañó con el vecino más feo que encontró en todo el pueblo ni ahora con la muerte del más pequeño de sus hijos. Había esperado que, incluso, les heredara el rencor de perder lo propio, lo plantado, lo heredado. Sin embargo, él estaba ahí con su cara de palo tieso, proclive a las mordidas hambrientas de las termitas. “Por intentar sacar

a un cristiano de su tierra”. Lo mejor era irse, abandonar a ese viejo sarnoso en su deplorable estado de descomposición lenta.

Él nada más habría de notar la partida de Micaela cuando le gruñeron las tripas con un hambre insaciable. Fue a preguntarle qué había para comer, y vio que se había llevado hasta las telarañas de los rincones. “Bueno”, dijo y se sentó en el portón. El sol le daba en la cara, la paz perturbadora del silencio habitó en las calles. No había ni un cristiano que compartiera su conflicto interno. Todo estaba tan tranquilo, diferente a la caída que sentía muy adentro de él. ¡Bum! No se escuchó el estallido de sus entrañas en el momento en que golpeó el suelo para morir del todo. La paz seguía ahí, imperturbable, y él achicharrado por el sol de la mañana.

Quizás, se hizo consciente de la importancia de Micaela en su vida o se intentaba alimentar por fotosíntesis, no se sabe a ciencia cierta, solo que ya no sintió frío, tampoco algún tipo de calor. Se quedó estancado igual que un tronco viejo en el portón hasta la noche. A la mañana siguiente, empacó el poco polvo que le dejó Micaela y se fue. Vagaría de nuevo en otro éxodo sin rumbo fijo. Pasó de pueblo en pueblo, no habría empatía en sus nuevos escenarios. Toda comida le sabía a cartón mojado, no recordaba los rostros de las demás personas. Las veía tan grises como su alrededor. Los aromas de las flores, plantas y animales se reducían a un único olor: la vieja humedad de los rincones y de la ropa guardada en los chifonieres de los ancianos.

Por pura ironía, terminó su éxodo en una finca cualquiera que pudo ser la suya por lo parecida que era, tal vez sí lo era, aunque no lo habría notado. Era casi viejo, lo habían contratado de mayordomo. La cuidaría, la cultivaría y se podría quedar con tan solo una pequeña parte de las ganancias. Nunca conocería el dueño, sabía que se llamaba Jacinto, Santiago, Alberto o Efraín, nombres que confundía por lo parecidos que le eran. De vez en cuando, llegaban tres hombres, se llevaban cajas con los frutos de la cosecha, y desaparecían sin mediar palabra alguna. El abrigo de un techo solitario y la poca comida eran su único pago.

Josías no se quejaría, Micaela siempre se encargó de los pequeños detalles de la vida. En ocasiones lo alimentó ella misma. Le abría la boca y

se la cerraba para que masticara o le daba agua para que tragara. Lo vigilaba desde una distancia prudente con el propósito de confirmar que aún no se le había olvidado cómo respirar. “Eso, inhala...”, murmuraba, expectante, “¡exhala!”, gritaba, orgullosa, apenas comprobaba que aún respiraba con el uso correcto de la nariz y de la boca. Había llegado a tal extremo de compromiso que lo comentaba con todo el barrio, aburría a sus propios hijos con la exitosa labor de su padre en los precavidos cuidados de la oxigenación del cuerpo a partir del uso del sistema respiratorio.

—Mamá, solo está respirando —le contestaba alguno.

Ahora sin ella, su salud caía en un estado de fragilidad próxima a la enfermedad última. Dormía, el cansancio lo derrumbaba sin previo aviso. ¡Bum! Se desparramaba entre los cultivos con la lluvia. El pantano le servía de cobija y las estrellas de sábana en noches tranquilas que lo envolvían en los susurros de la naturaleza. Se ensopaba y soñaba que era un renacuajo antes de metamorfosearse en sapo. No era nadie ni nada más que un pedazo de tierra en espera de volver al origen primigenio. Raíz, bosque, árbol, de su columna vertebral en descomposición se daba paso a la vida circundante de una nueva cordillera.

Lo oía templado, el cántico del todo. Era casi imperceptible, pero ahí estaba. Escuchaba el brote de la flora, millares de guerras para alzar la punta más minúscula de sus ramas hacia el sol cálido. La respiración tenue de los animales. Silenciosos, evitaban el ruido para cazar y no ser cazados. Venados, zorros, pumas, los oía pisar la fragilidad de la superficie del pantano, hundían sus patas sobre el barro de los muertos que se desquebrajaban para darle paso a la nueva vida. El único bullicioso era el viento, sin presa ni depredador, atravesaba los árboles, los hacía cantar de tal forma que parecía un río flotante, precipitado hacia el olvido anónimo del ocaso.

De repente, una tarde en que casi se funde con la naturaleza para siempre, ¡bum! “Josías”. Se despertó, casi ahogado, olvidaba cómo respirar. Los animales, asustados, se apresuraron a una huida vertiginosa, y el viento, instrumento principal de la sinfonía de la vida, se escuchó en segundo, tercer, cuarto plano hasta que no fue más que simple aire. “Josías”, a lo lejos alguien pronunciaba su nombre. Le tomó tiempo asimilarlo. “¿Josías? ¿Quién es Josías?”, se preguntó. Mas el

nombre tomaba fuerza en su interior. La distancia entre él y su consciencia se acortó, retumbaba con recuerdos que de a poco supo que eran suyos.

—Necesitamos que se vaya antes del miércoles. El patrón le va a dejar la tierra a otro —le dijeron tres hombres.

Josías los reconoció, no eran las personas que usualmente recogían la cosecha. Uno tenía una cicatriz en el rostro; otro, un ojo gris, tuerto; y el último era ya un adulto fiero, solo que esta vez no lo fingía. Su vida, asesinatos, robos, masacres, le agrietó la garganta hasta hacer de su voz un presagio de tormenta. Don Jacinto, Santiago, Alberto o Efraín los había enviado. El trabajo de Josías se menguó en los últimos tiempos. El patrón dio por hecho que era a causa de su vejez. Por otra parte, nunca le había dado buena espina ese ermitaño. Lo reemplazaría por alguien más joven, y mandó a sus hombres de confianza por si Josías se resistía.

—¿Sí oyó? Se tiene que ir antes del miércoles —le dijo el más joven.

¡Bum! Josías no respondió. Escuchaba el estallido en su memoria, aletargado por el aturdimiento del disparo. Sentía que le desgarraba los músculos, huesos, nervios, vísceras. Lo desangraba de manera turbia, a borbotones sobre la tierra. De ella brotaba una enredadera que le enraizó los pies para transformarlo en un guayacán frondoso. Pensó en Micaela, en sus hijos, en su padre, en el padre de su padre y en el padre del padre de su padre. ¡Bum! Los sentidos se le desenfrenaron con una lucidez desaforada. Percibía el latido de la tierra, los muertos que le daban vida, la respiración de los peces, el aleteo de los pájaros, los nuevos brotes de la grama, el viento titilante sobre los cabellos lejanos de Micaela. Lo supo entonces con una certidumbre inequívoca que le devolvió el color, los aromas y el sabor de la vida. Él era la tierra, él era el bosque, él lo era todo. Lo habían desgarrado de sí en el momento en que lo echaron.

—¿Sí oyó? Se tiene que ir antes del miércoles, no hablo más de tres veces —repitió el más joven, se impacientaba.

Josías cerró los ojos y respondió con una firmeza resoluta, vigor de quien es dueño de su destino:

—Esta tierra es mía.

¡Bum! ■



Carlos Motta / El agarrotado, 2021 / Etched drawing and paint on watercolor paper / 22,9 x 30,5 cm Cortesía Mor Charpentier, Bogotá/Paris